

Secretitos en reunión es de mala educación

Cuando el doctor Paredes Pérez alzó la radiografía del tórax de Manuela, su paciente, ingresada por su hijo Javier a las dieciséis horas del mismo día, su corazón se saltó un latido y pasó, en cuestión de milisegundos, al siguiente. Su mirada sabía lo que veía: unos rayos X con sus sombras y huesos y órganos de una señora de cuarenta y tres años con un enorme tejido blando en el medio; pero su raciocinio no llegaba a comprender lo que tenía delante.

El doctor Paredes Pérez alzó la imagen, la giró hacia un lado, luego al otro, la puso bocabajo y del revés, acercó sus ojos a la imagen y también la alejó hasta donde sus brazos le permitían; la colocó contra una ventana para examinarla con más luz y hasta la puso en el suelo con la esperanza de que la radiografía le revelara algo nuevo. Pero nada cambiaba nada, el ente extraño seguía ahí mismo, en medio del torso penetrado electromagnéticamente de Manuela, quien, postrada en la cama de la habitación número cuatro, planta dos, del Hospital Reina Marta Judit I y con una enfermera revoloteando a su rededor chequeando sus constantes vitales, observaba los movimientos del doctor, quien le recordaba a su abuelo Filomeno cuando, en sus primeros días de demencia antes de saber que tenía demencia, se exasperaba buscando el mando del televisor que hace unos momentos tenía en la mano mientras lo tenía en la mano; veía en el Doctor Paredes Pérez el mismo desasosiego por una carga excesiva de información a procesar por su limitado cerebro humano.

El Doctor Paredes Pérez, orgulloso profesional de la salud —orgulloso porque vive con la falsa creencia de ser mundialmente (re)conocido por unas supuestas altas capacidades diagnósticas al haber salido en un reportaje de tres párrafos sin fotografía en la revista *Health Today* al «haberse dado cuenta» de que el paciente Toni de diez años de edad no tenía epilepsia sino Síndrome de Rasmussen, omitiendo hasta el punto de olvidarse él mismo de la ayuda que cierta aplicación de inteligencia artificial instalada en su teléfono móvil le brindó mientras se tomaba un descanso no oficial sentado en la taza del W.C.—, decidió llamar al Doctor General del hospital para una segunda opinión.

Ahora, ambos doctores sujetan al alza la radiografía (la secuencia es esta: mano izquierda de Paredes, radiografía, mano derecha del General), con sus cabezas apoyadas una sobre la otra. El doctor Paredes Pérez describe al Doctor General la sintomatología de la paciente: falta de apetito, insomnio, fatiga, prurito cutáneo, mutismo, sensación viscosa en la faringe y halitosis marina. El Doctor General siente de inmediato cierto alivio mental al comprender por qué desde que entró en la habitación pensaba en las focas neocelandesas. No podía soltar el recuerdo de su luna de miel en Nueva Zelanda con su mujer en Kaikoura viendo una colonia de focas marinas en una playa llena de algas descomponiéndose bajo el sol. Olía a alga podrida y a salitre en la habitación.

Los doctores cavilan. Miran la imagen y ambos piensan en lo mismo sin saber que el otro lo está

pensando también y con miedo a ser el primero en verbalizarlo por el pánico a quedar en ridículo. Pero aquel cuerpo alargado con cabeza de rombo, ocho tentáculos cortos y dos largos, uno enroscado en la costilla VIII y el otro apretando el corazoncito de Manuela, sin duda alguna, sugiere la misma idea a ambos doctores, quienes piensan y meditan y reflexionan en voz alta sobre qué podría ser aquel objeto no identificado que ocupa todo el tórax de Manuela. ¿Será un juguete de perro? ¿Habrá perdido una apuesta y lo ha engullido? ¿Será un tumor pulmonar? Una vez se hizo muy famoso el caso de un hombre suizo que se comió una manzana y una de las semillas se desvió por el tracto respiratorio y a los meses germinó y el suizo se estaba creciendo un árbol en su pecho... Pero ¿no tiene más pinta de juguete de perro? Sí, debe ser eso. Uno ya no sabe qué hacer con su tiempo libre o para llamar la atención, de todo se ha visto ya con este auge de las redes sociales donde por unos pocos de esos *likes* de los que se hablan tanto la gente está dispuesta a todo, se dicen, a to-do.

—Es un calamar.

La voz firme, clara, directa y concisa, además de muy fina y femenina, irrumpe las reflexiones de los doctores, quienes de inmediato giran sus cabezas al unísono hacia la parlante que está de pie junto a la cama de Manuela manipulando el suero. «¿Perdone?» pregunta el Doctor General, no siendo realmente una pregunta sino más bien un mensaje indirecto cargado de «cállate que nadie te ha preguntado».

—Que es un calamar —repite la enfermera.

Los doctores, tanto el General como Paredes Pérez, concuerdan que lo mejor será discutir estos asuntos tan delicados en privado, lejos de ciertos oídos intrusivos. Ambos abandonan la habitación con los ojos aún clavados en la radiografía, brazos alzados y cabezas casi, casi, casi apoyadas una sobre la otra. Así cruzan el marco de la puerta mientras siguen interpretando la imagen en rayos X. Manuela piensa para sus adentros que los doctores hubieran acabado antes si, simplemente, le hubieran preguntado a ella. Porque, para empezar, es alérgica a las manzanas y odia a los perros —y, por extensión, a sus malolientes juguetes—.

La enfermera, una vez los doctores cráneo-siameses hubieran abandonado la habitación y sus absurdas elucubraciones, cerró la puerta, cogió una silla y se sentó junto a la cama de Manuela, muy cerquita de ella.

—¿Sabes, Manuela? Yo tuve un tío que tenía unos síntomas muy parecidos a los tuyos. Yo era pequeña, tendría al rededor de, no sé, ¿siete años? Por eso a veces me confundo y no sé si las cosas que vi y viví las vi y viví de verdad o, quizás, las soñé... Antes incluso de que mi tío comenzara a

sentirse mal, la casa familiar olía a ciénaga. Un olor constante a humedad y barro se instaló en todas las habitaciones, incrementándose con el paso de las semanas. Me acuerdo de la sensación de frío absoluto de la época, pues mi abuelita -que en paz descanse- abría todas las ventanas en pleno invierno para airear la casa, pero no servía de nada. El olor se sentaba a comer con nosotros como un miembro más de la familia. Al poco tiempo comenzamos a escuchar a una rana croar. La buscábamos y buscábamos sin éxito. Mientras, mi tío se enfermaba. No es que perdiera el apetito, es que era incapaz de tragar, como si tuviera la lengua tan gruesa que no pudiera pasar la comida ni el agua. El pobrecito mío perdió tantísimos kilos con el pasar de los meses... estaba tan raquítico, tan pálido. Apenas hablaba, apenas se movía, apenas nada. Y todos sabíamos que estaba relacionado con aquella maldita rana que había infectado la casa y seguramente a mi tío y quién sabe a quién más. Ningún doctor supo dar cura. ¿Le suenan los síntomas, Manuela? Total, que una noche decidí envalentonarme y salir en búsqueda de la rana, yo solita. Seguí el sonido del croar, que me llevó al baño de la casa, cuya puerta estaba entreabierta. Me asomé, recuerdo que era noche, luna llena, porque el resplandor entraba por la ventana del baño, donde vi la silueta de mi tío, a cuatro patas en el suelo, convulsionando como los gatos... me paralicé, tenía miedo y no sabía qué hacer, ¿qué se supone que debe hacer una niña de siete años? Mi tío vomitó un sapo. Mi tío abrió la boca y de ella salió un gran sapo marrón que saltando pasó al lado mío y se fue. El miedo era tal que sólo supe correr de vuelta a mi habitación y meterme bajo las sábanas. Al día siguiente ya no se oía croar, ya no olía a barro y ya no estaban ni mi tío ni sus pertenencias. Nadie me explicó qué había pasado ni a dónde había ido. Y yo, por supuesto, me convencí de que lo que vi fue resultado de un sueño, porque ¿quién vomita sapos?

Manuela, desde la cama, miraba con intensidad a la enfermera.

—En fin... años después, ya de adulta, le rogué a mi tía que me contara qué le pasó a mi tío. Resulta que la noche antes de ser echado, porque mi tío fue echado de la casa, él le confesó a mi tía que no sólo le había sido siendo infiel durante el último año, sino que el muy estúpido había dejado embarazada a su amante. Esa misma noche mi tía echó a mi tío de la casa y no lo volvimos a ver nunca más. ¿Comprendes por qué te estoy contando esta historia, Manuela?

La enfermera tomó las manos de Manuela entre las suyas y se inclinó hacia ella, quien quiso contestar. Manuela abrió la boca e intentó emitir un sonido que súbito fue apagado. Manuela realmente estaba haciendo esfuerzos por hablar, pero era como si algo se lo impidiera, pues sentía como si algo viscoso alzara unas extremidades por su garganta y le agarrara de las cuerdas vocales. Así había sido su vida desde el entierro de su nuera.

—Manuela, creo que usted tiene la enfermedad de la culpa.

La paciente aprieta las manos de la enfermera y llora. La enfermera le limpia las lágrimas y agarra de nuevo, con más fuerza aún, sus manos.

—Vale, Manuela, probemos así: «sí», pestañeas una vez; «no», pestañeas dos veces. ¿Comprendes?

Un pestañeo.

—¿Guardas un secreto?

Un pestañeo.

—¿Has hecho algo malo?

Dos pestañeos.

—¿Sabes de algo malo que se haya hecho?

Un pestañeo.

—¿Algo muy, muy malo?

Un pestañeo.

A la enfermera le da la sensación de que la esclerótica de Manuela se está tornando grisácea.

—¿Sabes qué cosa mala se ha hecho?

Un pestañeo.

—¿Sabes quién lo ha hecho.

Silencio. Sin duda, el blanco de los ojos de Manuela se está volviendo negrozco, como si un bote de tinta se estuviera derramando por un papel absorbente.

—Manuela, por favor, te lo suplico. ¿Sabes quién lo ha hecho.

Los ojos de Manuela se cierran. Y permanecen cerrados lo que para la enfermera es una eternidad. Una lágrima negra cae por la mejilla de Manuela. Los ojos de Manuela se abren, completamente entintados. La enfermera espera a que Manuela los vuelva a cerrar, pero no bajan.

—Vale, ¿es un familiar?

Un pestañeo.

—¿Cercano?

Un pestañeo.

—¿Es tu padre?

Dos pestañeos.

—¿Tu madre?

Dos pestañeos.

—¿Tu hijo Javier?

Un pestañeo.

—¿Ha robado.

Dos.

—¿Ha mentido?

Dos.

—¿Te ha pegado?

Duda. Dos.

—¿Ha... matado?

Un pestañeo.

Por la comisura de los labios de la boca abierta de Manuela se asoman dos tentáculos.